



Photo by Steve Johnson on Unsplash

C.
CUENTO

LUCÍA
MIMBELA

El rey

Yo soy el mundo, decía. Yo soy el mundo y tú no. Dios sí, pero tú no. Mi mamá estaba al volante. Habíamos estado en el carro ya dos horas y no habíamos comido en todo el día. Seguía sacando cigarros de su bolsa como si fueran interminables y no tuviéramos que guardar un poco para el camino. Empecé a fumar porque mi mamá me invitó uno alguna vez cuando tenía doce. No creo que haya tenido una intención mala, simplemente quería que tuviésemos algo en común, algo más que nuestro parentesco biológico. Eso es obligatorio, no se puede borrar. Lo quieras o no, yo soy tu mamá. Siempre me decía lo mismo. Como si yo no lo supiera. Como si no supiera que no tenía opción, que estaba estancada con ella hasta que pueda hacer mi propio dinero. Faltaba mucho para eso. Además, no tenía ningún talento; había tratado la guitarra y el piano y la escritura y los números. Todo lo hacía mal, igual que mi mamá. Nuestra casa era un desastre: todo desordenado, sucio, la comida horrible. Pero nos esforzábamos, y eso era lo importante. Decía: el esfuerzo es lo que cuenta, y mira que yo me esfuerzo un montón. Nos tendrán que dar más plata. A veces me veía en la casa tratando de dibujar y me decía: ¿tienes sueños? Y yo, no, mamá. Qué bueno, decía. Yo tampoco.

Empezó a llover y mi mamá puso música. La autopista estaba totalmente vacía. Los árboles se movían con el viento y la lluvia entraba por la ventana abierta y me mojaba la cara. Ya vamos a llegar, sécate, sube la luna, por favor. Tienes que estar presentable. Tu papá te va a mirar y no va a querer darnos más plata, dirá que la estamos derrochando. En la guantera hay lápiz de labios, pónitelo, es rojo y a tu papá le gusta el rojo.

A él le gusta el rojo. A mí no me gusta el rojo, mamá, dije, respiré, susurré. No me escuchó, o fingió que estaba sorda. A veces fingía que estaba sorda cuando le convenía. Podías pararte junto a ella y le decías mamá, saca los platos, y no te miraba y seguía leyendo la revista del baño, la única revista del baño. No teníamos plata para más. Todo lo que podría ir a la inversión en una buena revista para el baño mi mamá se lo gastaba en cigarros y en comprar cosas por televisión.

Me puse el lápiz de labios rojo. Solo un poco. Me puse un poco y usé mi dedo para esparcirlo. También me puse un poco en la punta de la nariz y en los pómulos. No me vi en el espejo, pero supuse que había quedado bien. A lo lejos, una luz. Una calle desierta.

Llegamos. Mi mamá: llegamos, ahí está, ya llegamos. Se movía en su asiento. Estaba nerviosa. Cuando estaba nerviosa no fumaba; si estaba nerviosa y fumaba se atoraba y se ahogaba y no habíamos traído el inhalador. Estaba nerviosa porque íbamos a ver a la nueva esposa de mi papá. Ya la habíamos visto antes pero mi mamá se pone nerviosa cuando hay una mujer más delgada que ella en el mismo cuarto. A mi papá le gustan las mujeres delgadas. Yo no soy delgada, mi papá no debe quererme mucho. Y si me quiere, entonces preferiría no mirarme. Lo sé por cómo me mira cuando me saluda y sonrío y mira mi estómago y me gustaría poder sacarme la piel. Pero no puedo y está bien, ya me acostumbré.

Estacionamos el carro detrás del carro rojo de mi papá. Mi mamá: a tu papá le gusta el rojo. Sí. Silencio. Las luces de la casa estaban prendidas y nos alumbraban la cara. Mi mamá también sacó el lápiz de labios rojo de la guantera y se pintó los labios. No sé a qué quiere llegar con eso si no va a volver con ella. Nadie quiere volver con ella; yo tampoco lo haría. Además, mamá, tiene una nueva relación. Ya sé, ya sé que tiene una nueva relación. No movía los labios. Ya, mamá, entonces párate, vamos, para poder irnos más rápido. ¿Y si no quiero irme? Te quedas y yo me voy y me como las hamburguesas que dejamos en casa. Qué va, como el rey. Sí, como el rey, mamá. Me miró y me tocó la cara y dijo que me calmara, que iba a salir todo bien, como si no lo supiera. Como si no supiera que estaba mintiendo. A veces prefería hacerme la sorda también. Ella lo entendía.

Cuando salimos del carro, el agua resbaló por la puerta y nos mojó las manos. Mi papá nos miraba desde la ventana, resignado, sonriendo. Nos quedamos afuera unos minutos porque mi mamá no se movía. Mi papá ya no estaba mirándonos desde la ventana, pero escuchaba ruido adentro y sus pisadas fuertes y sordas y de mentira. Hay que entrar, mamá.

Nada. Sorda. La jalé del brazo y la llevé a la puerta. Toqué el timbre y me arreglé el pelo. Podía oler la carne de la parrilla. Se me hizo agua la boca y pensé en las hamburguesas que habíamos dejado en casa. Secas, de carne barata, la carne que nadie quería, la carne que le sobraba al carnicero y casi nos la regalaba porque mi mamá se acostaba con él a veces y cuando lo hacía llegaba a la casa oliendo a carne, con una bolsa en la mano que ponía en el congelador.

Mi papá abrió la puerta. Mi mamá seguía seria, mirando, sin hablar. Hola, papá. Me miró de arriba abajo y no dijo nada; me abrazó fuerte. Por detrás de la espalda sentí cómo mi papá le agarraba la mano a mi mamá y nos abrazábamos los tres. La familia rota que se abrazaba y ahí venía Rosario, la nueva esposa de mi papá y dijo hola, ya llegaron, pasen por favor y se quedó mirando hasta que mi papá dejó de abrazarnos porque a ella no le gustaba cuando nos abrazábamos. Decía que ya no éramos familia,

que eso se acabó cuando se divorció de mi mamá y que solo nos daba plata porque le dábamos pena, no por una obligación legal. Tu papá no te quiere, me había dicho Rosario una vez que tuve que ir a cenar por invitación de mi papá. Había insistido tanto y yo no quería ir pero le dije que sí y Rosario me empezó a decir que nunca nos había querido, no sabía lo que era el amor hasta que la conoció a ella. Qué va, como el rey. Sí, como el rey, dijo Rosario.

La sala estaba impecable. Si la comparabas con nuestra casa te ponías a llorar, pero mi mamá solo miraba y yo también solo miraba y nadie lloraba. No había por qué llorar: sabíamos que mi papá era infeliz, esto solo era una comodidad más. Las luces amarillas, cálidas. La sala barroca nos miraba de vuelta. Los sillones estaban muy bien cuidados, sin mancha alguna, la madera de la mesa del comedor se veía cara y el perro nos lamía las rodillas. Era un perro grande y blanco que se llamaba Norberto. Como el rey. Mi papá le había puesto el nombre, era obvio. Como el rey Norberto del cuento que nos contaba cuando era chica y mi mamá era más joven y no estaba tan destrozada. Mi papá llegó detrás de nosotras con la mano en la espalda de Rosario, una posición notoriamente incómoda. En la mesita de vidrio de la sala habían puesto maní, aceitunas verdes y queso con galletas. Rosario: sírvanse, por favor. La carne sigue haciéndose. Mi papá no decía nada. Así era a veces: tenía que entrar en confianza. Era entendible. No nos veíamos hace más de tres años. Era una persona nueva. Mi mamá seguía sin hablar. Solo asintió y sonrió y soltó una risa nerviosa que nunca olvidaré. Nos sentamos en la sala y esperamos. Rosario y mi papá se sentaron al frente de nosotras, en el sillón blanco de dos piezas. En un cuadrado perfecto nos mirábamos y comíamos queso en silencio. Rosario también tenía los labios rojos; mordía la mitad de la galleta y la manchaba con su lápiz de labios.

Gracias por venir, dijo por fin mi papá. Gracias a ti por invitarnos, dijo por fin mi mamá. Se miraban como si guardaran un secreto. Siempre había sido así: desde el divorcio, cada vez que nos veíamos los tres, mi mamá y mi papá se miraban en secreto y yo no sabía qué se decían pero lo suponía. A Rosario eso le ponía los nervios de punta. No le caíamos bien y ella tampoco nos caía bien a nosotras. No nos caía bien porque era delgada y bonita y más joven que mi mamá y tenía los pómulos altos, qué bonita que es Rosario, mamá, le dije cuando recién la conocí y ella se encerró en el baño todo el día a vomitar. Me gusta cómo está decorada la casa, dije. Rosario sonrió y dijo que ella había elegido todo y que mi papá solo había pagado, risas. Mi papá se levantó y, sin preguntar, nos sirvió dos copas de vino blanco. Rosario y él tomaban vino tinto. Debe ser caro, pensé, por eso no nos ofrecen. Igual, a mí no me gusta el vino, entonces está bien. No me molesta. Mi mamá agradeció por la copa y se tomó el vino de un sorbo. Rosario mordisqueaba el queso como un ratón. Ya no quedaban más

aceitunas porque mi papá se las había comido en silencio. No habían puesto música y eso hacía todo mucho más incómodo. Pero eso quería Rosario: quería que estuviéramos tan incómodas que nos fuésemos rápido y la dejáramos tranquila y dejáramos tranquilo a mi papá y al rey y a Norberto.

Pasaron los minutos y se acabaron el vino y los bocaditos y nos invitaron a pasar a la mesa. Las servilletas eran de tela y estaban puestas sobre los platos como en los restaurantes caros. Rosario sacó la carne de la parrilla y la puso en medio de la mesa y nos sirvió ella. Un pedazo para cada una con arroz y zanahorias. Comimos en silencio hasta que todos acabamos y mi papá se empezó a reír y Rosario lo miraba y se reía con él. Mi mamá: por favor enséñanos el resto de tu casa que no venimos hace tanto. Dejaron de reírse y mi papá dijo que claro y se paró de la mesa y Rosario se agarró de su correa y lo siguió de cerca, dándonos la espalda.

Nos guio al cuarto de su bebé, olía a recién nacido. Rosario: es tan raro, ahora estoy de nuevo flaquísima, quién lo diría, luego de cargar tres kilos y medio de más por tanto tiempo mis brazos siguen igual. Deben ser los genes. Rosario me miró y con su mirada entendía que me dijo no como tú y tu mamá, gordas, por eso tu papá te dejó y por eso ya no te quiere y le da vergüenza verte y no se ríe con tu mamá y conmigo sí y con ustedes no.

El bebé no se movía, no respiraba. El cuarto estaba totalmente oscuro y Rosario me miraba y yo miraba al bebé y su barriga y su falta de aire y sus ojos cerrados. Mi papá se quedó en el umbral de la puerta con los ojos fijos en su hijo y mi mamá no quiso entrar; ya me imagino cómo es, dijo desde afuera, es lindo, qué lindo tu hijo. Rosario sonreía, la sonrisa más grande que había visto jamás. Es muy lindo, sí, y no hace ruido. Es perfecto, no respira. Y yo: qué va, como el rey. Y mi papá y mi mamá, al unísono, sin mover los labios: sí, como el rey.